

San José, Costa Rica

15 Julio de 1911

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 13

SOCIOLOGÍA

Datos sociológicos

Tras muchos siglos de existencia, la humanidad, que siente y comprende la justicia, vive en manifiesta injusticia.

Se ha dado multitud de dioses; ha constituido Sociedades y Estados; ha formulado conceptos de justicia legal que constan en numerosos cuerpos de derecho, unos derogados y otros vigentes; ha acatado toda clase de mandarnes, sacerdotes, gobernantes, jueces y verdugos; cuenta en su historia pueblos que prosperaron, culminaron, decayeron y al fin se derrumbaron; en la actualidad hay naciones que avanzan y otras que degeneran... y la injusticia persiste, quedando la justicia como aspiración ideal!

Para que el lector ejercite su inteligencia resolviendo por sí mismo problemas tan interesantes, ahí van ideas sueltas, datos aislados é incoherentes, para que, sin adaptarse juicios ajenos, los formule propios y pueda sustentarlos con pasión, convicción y sin fanatismo sectario.

I.—La sociología es una ciencia esencialmente revolucionaria, y si tiene sobre sí el veto del privilegio y la rémora de la rutina, se ve favorecida por los que en el mundo representan la flor del pensamiento y del sacrificio.

II.—En vista de que la estabilidad de lo positivamente inestable y desequilibrado en la sociedad se establece

y se sostiene en falso equilibrio por la imposición autoritaria, que pesa sobre la ignorancia y la miseria de los desheredados para que los privilegiados floten á sus anchas en la altura, es preciso pensar y determinar la voluntad á la revolución, considerada como evolución contenida por un dique que ha de romperse para que siga su curso natural la evolución progresiva, desoyendo y despreciando al que invoque la evolución como término dilatorio para prolongar una iniquidad y para que una verdad y una justicia tarden en ser reconocidas y practicadas.

III.—En el régimen de antagonismo de intereses en que vivimos, todas las necesidades y todos los deseos se satisfacen con dinero; el que no lo tiene está constantemente en peligro mortal, y cuando menos anticipa y apresura su muerte por deficiencia de condiciones vitales.

Esta triste verdad acerca de nuestro estado social, que aprendemos todos en la infancia aun antes del período en que se manifiesta la razón, obliga á todos y á cada uno al egoísmo, é induce á dedicar la actividad á ganar dinero en un oficio, en un empleo, en una carrera, en un negocio, en un fraude, en un crimen...

Es incalculable la bondad enérgica y humanitaria que se pierde porque el individuo, en vez de concertarse con todos los individuos para el bien co-

mún, trabaja exclusivamente para sí en perjuicio de todos.

IV.—Acúsase á la ignorancia y á la indolencia popular de los males nacionales y aun internacionales.

¿Quién tiene la culpa de esa ignorancia y de esa indolencia?

Es cierto que en la ignorancia y en la indolencia radica la culpa de todo, porque el ignorante es indolente ó no siente determinada su voluntad en sentido recto, necesario y justo.

Pero de esa ignorancia participan las clases privilegiadas, y si no se les puede acusar de indolencia á la manera popular, tienen en cambio una actividad perniciosa, antiprogresiva.

Pues la culpa de la ignorancia y de la indolencia que lamentamos no es exclusivamente popular, sino general; no es plebeya, ni patricia, ni aristocrática, es humana.

Desde los primeros tiempos que recuerda la historia, probablemente como consecuencia de los tiempos de la prehistoria, surgió la desigualdad; ella es la culpable. Pero esa culpabilidad abstracta toma forma concreta y tangible y cae como tremenda responsabilidad sobre los que en todos los tiempos y en todos los países usurparon y usurpan el patrimonio social.

¡No hay rico inocente!

V.—Desapareció la esclavitud; desapareció la servidumbre. Ya no se compran ni venden hombres; ya no se les sujeta al terruño; pero se les alquila por el salario.

¿No está probado que todos los hombres nacen y permanecen libres é iguales en derechos, y que el objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre? Pues el salario, tanto como una injusticia, es una incongruencia; es como si utilizáramos las antiguas torres de señales después de poseer el telégrafo, el teléfono y el marconígrafo.

VI.—Las verdades sociológico-revolucionarias que se manifiestan con toda evidencia y abren vía al progreso han de sostenerse con firmeza, con exigencia y hasta con intransigencia por cuantos tengan conciencia de que la humanidad es una por la mancomunidad que la rige y por el altruísmo que la embellece, á pesar de todas las conveniencias del egoísmo, y son y ha de hacerse que sean tan imperativamente prácticas como lo son los descubrimientos científicos.

VII.—Pierde tiempo el proletariado quejándose de la injusticia que le abruma. Repróchese la debilidad que le impide hacerse justicia y no lloriquee más.

Con los lamentos sólo conseguirá cuando más una limosna á cambio de gratitud hacia el usurpador que le priva de su debida participación en la riqueza social; rechazando la debilidad para emplear la energía puede establecer para sí y para todos la igualdad social.

VIII.—En sociología, paliar el mal, aunque sea con recursos laudables al parecer, como los inspirados por el misticismo caritativo ó por el altruísmo filantrópico, es perpetuarle.

Considerándonos en comunidad y en reciprocidad de derechos y deberes con nuestros semejantes, no podemos sentirnos libres de responsabilidad en sus privaciones y sufrimientos porque hayamos socorrido con el óbolo de la caridad al indigente ó al enfermo.

IX.—No basta una palabra filosófica; se necesita una garantía socialmente positiva.

La Iglesia ha dicho que los ricos son administradores de los pobres; pero antes que la Iglesia hablara había dicho el Evangelio: donde está tu tesoro está tu corazón, y pone el ejemplo del joven rico que prefiere condenarse á dar su parte á los pobres.

ANSELMO LORENZO



El 13 de octubre publicaremos un número extraordinario de 32 á 48 páginas, con grabados, consagrado á la memoria del mártir **Francisco Ferrer G.** Colaborarán distinguidos librepensadores.

Patriotismo

Si alguien supusiera en mí falta de honradez ó de veracidad, sus palabras me herirían en lo vivo; pero si dijese que no soy patriota, le oiría impasible. «¿Es que usted no ama á su país?» se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento más completo de las pretensiones populares después que la decadencia del feudalismo había emancipado á las gentes del suelo, son timbres de gloria que debemos recordar con orgullo. Cuando se decidió que cualquier esclavo que pusiese el pie en Inglaterra recobraría *ipso facto* la libertad; cuando prohibióse la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaban 20 millones para emancipar á los esclavos en las Indias occidentales; cuando, con poca prudencia, es verdad, se mantenía una escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realizaba actos dignos de ser admirados. Y cuando Inglaterra abrió sus puertas á los refugiados políticos y abrazó la causa de los pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades merecedoras de elogio. Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos ocurridos en los últimos tiempos sugieren reflexiones muy distintas. La manera como Inglaterra ha adquirido dominio sobre ochenta posesiones—establecimientos, colonias, protectorados—no puede ser motivo de satisfacción. El tránsito de los misioneros á agentes residentes, luego á funcionarios que capitaneaban fuerzas armadas, después al castigo de los que se resistían á someterse, y, por último, á la llamada «pacificación», este proceso, decimos, de anexión, ya gradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia india y la Barutzilandia, declarada colonia británica, con tan poco respeto á la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no des-

pierta sentimientos de simpatía hacia sus autores. El amor á la patria no se sobrepone en mí al recuerdo de que, después de declarar nuestro primer ministro que era compromiso de honor el ayudar al Jedive á recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó á administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Jedive, es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido dos ministros de las colonias no intervenir en los asuntos interiores del Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia que encontramos en pretexto de una guerra asoladora¹. Ni estimo digno de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada á un jefe de filibusteros, ó en la concesión de los honores universitarios á un archiconspirador, ó en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan al que se burla de la «dudosa rectitud» de aquellos que se oponen á los planes de agresión. Si porque mi amor á mi país no sobrevive á éstas y otras experiencias contrarias, me motejan de antipatriota, perfectamente, acepto gustoso el epíteto.

El grito «¡con nuestra patria, tenga razón ó no!» lo juzgo detestable. Por su asociación con el amor de la patria, el sentimiento que expresa parece legítimo; pero quitándole la máscara se ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que el derecho nos asiste, que resistimos una invasión. Entonces la idea y el sentimiento encarnados en aquel grito se ajustan á la equidad. Puede, en efecto, sostenerse que la propia defensa, no sólo está justificada, sino que es un deber. Supon-

¹ Vemos repetir la transparente excusa de que los boers comenzaron la guerra. En el extremo Oeste de los Estados Unidos, en donde cada cual se defiende solo á sí propio y se entienden bien los usos de aquélla, se considera como agresor al que primero mueve la mano en dirección de sus armas. La aplicación es obvia.

gamos ahora, por el contrario, que nuestro país es el agresor; que nos apoderamos de territorios ajenos, ú obligamos por las armas á una nación á recibir productos que no necesita, ó apoyamos á algún agente para que castigue á los que se han limitado á aplicar la ley del talión. Supongamos que hacemos algo que, por hipótesis, admitiremos que es malo. ¿Qué querrá decir entonces, «con nuestra patria, tenga razón ó no»? El derecho no es nuestro, sino de nuestros contrarios; la injusticia no es suya, sino nuestra. ¿Cómo, pues, traducir el grito mal llamado patriótico? Evidentemente de esta manera: ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! En otras relaciones de la vida, semejante combinación de ideas se estima el colmo de la maldad. Existía entre nuestros antepasados, y aun existe en muchas personas, la creencia en el principio personificado del mal; la creencia en un ser que recorre incessantemente el mundo luchando contra los buenos y ayudando al triunfo de los malos. ¿Pueden sintetizarse mejor las aspiraciones de este ser que con la frase ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia!? ¿Les gusta el paralelo á nuestros pseudo-patriotas?

Hace algunos años se me presentó ocasión de expresar mis sentimientos —de antipatrióticos, sin duda, serán calificados— en términos que causaron asombro. Era la época de la segunda guerra del Afghanistan cuando, persiguiendo lo que creíamos «nuestro interés», invadimos aquella comarca. De pronto, se supo que nuestras tropas estaban en peligro. En el Ateneo, un militar muy conocido—entonces capitán y hoy general—me leyó el telegrama que daba la noticia, revelando en su acento que esperaba verme par-

ticipar de su ansiedad. Mi contestación le dejó absorto. «Cuando los hombres, dije, alquilan sus brazos para matar á otros hombres por obediencia, sin preguntar si la causa que se dispone á servir es justa, no me importa que ellos sean las víctimas».

Preveo la objeción que va á hacerse. Si se acepta ese principio, se alegrará, no es posible que haya ejército: el Gobierno quedará indefenso. No puede permitirse á los soldados que juzguen de la razón con que la batalla se empeña. Si tal se hiciese, destruída la organización militar, el país sería presa del primer invasor.

No tan deprisa, replicaré. En una guerra de defensa nacional, el ejército sería tan útil como ahora. Entonces cada soldado tendría conciencia de la justicia de su causa. No se comprometería á esparcir la muerte entre hombres que no sabía si peleaban con razón ó sin ella, sino entre hombres que eran reos de agresión manifiesta contra él mismo y sus compatriotas. No se opondría resistencia á la guerra agresiva, sino á la defensiva.

Puede decirse naturalmente, y decirse con verdad, que si no hay guerra agresiva, no hay guerra defensiva. Es claro, sin embargo, que una nación puede limitarse á la última, aunque otras naciones no hagan lo mismo. Por tanto, el principio es válido.

Pero aquéllos cuyo grito es: «¡con nuestra patria, tenga razón ó no!» y que agregarían á las ochenta y pico de posesiones incorporadas otras adquiridas por iguales medios, verán con disgusto esta restricción de la acción militar. Para ellos no hay locura más grande que practicar el lunes las máximas que profesan el domingo.

HERBERT SPENCER

El Huerto del Mundo

El siglo xx será el siglo del Canadá.

WILFRID LAURIER

Desde que la producción del trigo se ha desarrollado considerablemente en América, en la India y hasta en el

gran imperio del hambre (Rusia), el trigo abunda en gran parte de Europa, á cubierto ya de aquellas hambres periódicas que fueron su azote durante tanto tiempo. Pero, á consecuencia de

que el régimen capitalista, al intensificar la producción, ha intensificado también la desproporción de las fortunas y la crisis económica, los que siembran el trigo se quejan también y unen su voz al clamor ascendente de las reivindicaciones sociales. Se quejan de que el coste del cultivo del trigo es superior al precio de venta. Trabajan en pura pérdida.

Como es sabido, los propietarios del suelo alquilan muy caro sus terrenos de cultivo á sus arrendatarios, ó los venden á precios que han excedido del doble en el curso de un siglo. A esos propietarios les agradó ese aumento del valor de sus campos, y les desagrada que disminuya en razón directa de la rebaja del precio del trigo ó inversa del aumento del precio de la mano de obra.

Como los labradores son la mayoría de los electores y se hallan más ó menos sometidos á la influencia de los propietarios del suelo, se ha visto desde hace treinta años resultar elegidos unos legisladores que, respecto del proteccionismo agrícola, han llegado donde jamás llegaron las cámaras censitarias de la monarquía. Es uno de los resultados más notables del sufragio universal en nuestra gran República.

Los electores, ilusionados por sus elegidos, han creído que les convenía pagar más caro el pan que todo el mundo á condición de vender más caro el trigo que cultivan.

Pero hay el ligero inconveniente de que los que cultivan el trigo son menos numerosos que los que comen el pan; resultando que la mayoría se sacrifica en beneficio de la minoría, lo que demuestra una vez más la belleza de la máquina parlamentaria.

Los legisladores, procediendo con prudencia, desplumaron poco á poco su parva para que no gritara mucho, cargando primeramente sobre el trigo un derecho de 3 francos por quintal, luego 5 y por último 7, sobre un valor comercial positivo, en el curso medio del mercado europeo, de 12 á 14 francos.

De modo que el precio del pan, que varía entre nuestros vecinos de 25 á 35

céntimos, rara vez ha bajado en Francia de 40 céntimos, especialmente para los compradores al por-menor, porque los panaderos se han cuidado de retirar de la circulación las monedas de uno y de dos céntimos, para tener pretexto de cobrar una pieza de cinco céntimos por lo que sólo vale una fracción.

A consecuencia de tan lucidas combinaciones, se ha llegado á lo que podría preverse: el cultivo del trigo se ha protegido tan bien que el consumo ha disminuído: se han consumido patatas y otras cosas; hasta se ha comido menos y también se han criado menos hijos y ha habido mayor mortalidad infantil, porque ya se sabe, como dijo Clemencia Royer, la disminución del consumo del pan rebaja fatalmente el término medio de todas las estadísticas.

* * *

Al mismo tiempo que millones de productores se quejan del hambre en el seno del fértil Mediodía, cuando con los graneros desbordantes infames especuladores se entienden á través de las fronteras para subir el precio del pan, la ilustre revista *Nos Loisirs* se entretiene en ponderar las inmensas riquezas naturales del territorio canadiense, fina ironía que llega á propósito, ó documento precioso del que los «innumerables lectores» de dicha revista puedan extraer útil enseñanza.

En 1902 el Canadá produjo más de cien millones de celemines de cereales. Según asegura el jefe del gobierno canadiense, pronto podrá producir el Dominion trigo en cantidad suficiente para alimentar á toda Europa. La verdad es que los que mejor han explorado el país no han podido aún formar idea exacta de la potencia productora de esas tierras maravillosas. En Fort-Simpson, á 62^o latitud Norte (latitud de Petersburgo) se cultiva el trigo de mejor calidad; á 200 millas más al Norte se cultiva bien el centeno y la avena, y 200 millas más al Norte todavía no han desaparecido aún la cebada y las patatas. Hay seguramente allí más de treinta millones de hectá-

reas de buena tierra de trigo, sin contar las áreas inmensas que podrán conquistarse después en las regiones desiertas y heladas. Para ver bien las mieses asombrosas y darse cuenta de la enorme extensión de las tierras donde madura el grano, se dice que sería necesaria una ascensión en globo.

Sabido es lo que valen las pesquerías canadienses. Los innumerables lagos, los ríos y las costas marítimas suministran al consumo una cantidad enorme de substancia animal. Por la abundancia y la variedad de su fauna ictiológica, según afirma Reclus en su *Geografía Universal*, la Colombia Británica es probablemente superior á todos los demás países de la zona templada. Muchos de nuestros pescados de Europa y otras especies diferentes abundan en las bahías y los ríos. El banco de bacalao que se prolonga por las costas meridionales del Alaska continúa á lo largo de las costas canadienses. Era tal la abundancia de pescado en las costas canadienses en los primeros años de la colonización blanca, que las gravas situadas río abajo después de las cascadas se cubrían durante la marea de innumerables salmones que no habían podido volver al agua. Cuando ocurrían las rápidas sequías ó menguas del Fraser, una masa de carne abandonada se pudría en los mares. Se hicieron pescas inmensas por medio de barriles, de redes y aun de rastriillos. Además las pesquerías se completan con fábricas de conservas. Cada desembocadura de río, cada bahía del litoral tiene su salmonería.

Claro es que la producción comunista, más previsora que el desorden actual, no será tan cruel con los hermosos pescados, que no siempre irían á adornar las mesas de los mismos individuos, é impediría envenenar la pesca con las fábricas de serrar madera establecidas á la orilla de los ríos.

Lo mismo sucedería con los espléndidos bosques laurentinos donde dominan las coníferas, el álamo blanco y el arce azucarado, ese maná maravi-

lloso. Los leñadores van despojando el bosque sin discernimiento, los agricultores le destruyen por el fuego, llegando la destrucción á abarcar extensos territorios. Los hombres conscientes no perpetrarán jamás semejante vandalismo.

Han de hacerse interesantes estudios sobre los grandes territorios de la Colombia, donde crece entre otros el famoso pino amarillo, á veces de más de cien metros de altura y sin rival en el mundo por la pureza de su grano, la fuerza, la elasticidad y la resistencia á los cambios de temperatura; sobre los depósitos de aceite mineral que, según parece exceden en potencia á todos los terrenos petrolíferos del Nuevo Mundo; sobre los ranchos del Alberto y del Sarkatchewan, magníficas praderas donde se engrasan muchos ganados para el consumo de Europa; sobre la estrema variedad, la profusión, las dimensiones prodigiosas de las verduras, las legumbres y de las frutas que allí maduran. «*Es el huerto del mundo*», dicen los folletos enviados á los emigrantes.

¡El Huerto del Mundo!... ¿Cómo es, señores gobernantes, que hay pobres y ricos? Si como afirmáis, el Huerto del Mundo, puesto integralmente en valor, podría alimentar toda Europa con exceso, ¿qué calificación merecen los que conscientemente conservan el dogal capitalista al cuello de los productores y sostienen que el régimen actual es inmutable?

Hay pan para todo el mundo; hay bienestar y comodidad para la humanidad entera. Posesiónense bien todos los productores de este axioma.

En cuanto quieran, todas las restricciones, trabas y reglamentaciones prohibitivas que paralizan nuestras posibilidades de cambio se derrumbarán como un vulgar castillo de cartas.

No tendremos buenos servidores hasta el día en que decidamos servirnos nosotros mismos.

ARÍSTIDES PRATELLA

PEDAGOGÍA

Dos modos de educar

La educación integral, armónica de cuerpo y alma, fué, según es bien sabido, el secreto de la superioridad del pueblo griego, y constituye actualmente el poderoso instrumento de dominio y hegemonía de la raza sajona.

Mis viajes á Inglaterra y una excursión á los Estados Unidos, me han permitido examinar de cerca las instituciones docentes del pueblo anglosajón y me han persuadido de que la educación física ultraintensiva que en dichas naciones recibe la juventud, y singularmente la clase media, constituye el factor mecánico necesario de la actividad, de la energía, del individualismo y del valor moral de ingleses y americanos.

Esa clase media de cuyo seno han de salir los sabios, los artistas, los políticos, los industriales y los guerreros, es allí lo mejor de la raza. Lo cual procede tanto de la educación física, cuanto de la aplicación del principio anglo-sajón: *cada casa, una familia, y la casa en el campo*.

En efecto, el niño de la clase media y adinerada críase al aire libre, en medio de las praderas y bosques que rodean el suntuoso hotel paterno, ó la sana y cómoda casita de madera del modesto industrial; recibe á domicilio la primera enseñanza, y si los recursos de la familia no consienten el lujo de un preceptor, ó de una *gouvernante* suiza, asiste á escuelas amplias, cómodas é higiénicas, situadas en el campo y rodeadas de espléndidos jardines; y cuando, llegando á la adolescencia es preciso trasladarlo á la ciudad y someterlo al régimen enervante de la Universidad, los maestros y preceptores combinan sabiamente la instrucción científica con los ejercicios físicos del gimnasio y con los deportes al aire libre. Todo lo cual sirve admirablemente los fines prácticos de la educación, templando el ánimo para las grandes

empresas, infundiendo acometividad y decisión, y preparando admirablemente para la acción viril y las luchas pacíficas del trabajo.

Nosotros, por el contrario, criamos hijos en las angostas, oscuras y malsanas habitaciones de populosas ciudades, les encerramos en escuelas no menos antihigiénicas, sin aire, sin jardines, sin árboles, hacinados en montón, convirtiéndolos en carne propicia á toda clase de infecciones y paralizamos y torcemos su desarrollo físico y moral.

Y no se diga que los pueblos débiles, por compensación de su pobreza orgánica, poseen el valor, la inteligencia y el heroísmo; porque esto es un error que no resiste á la más somera observación de la realidad. En el mundo, la fuerza va unida siempre á la inteligencia, el pensamiento á la acción. La robustez física produce por modo inmediato la robustez mental, en virtud de la correlación orgánica, oportuna é ingeniosamente expuesta por Lluria, entre el músculo y el cerebro, entre el vigor de las ideas y la perfección y excelencia del aparato locomotor, entre el desarrollo y complicaciones de las neuronas sensitivas y sensoriales. El valor y la virtud mismos son, en la mayoría de los casos, mera consecuencia de la energía física y del equilibrio funcional. La fuerza engendra osadía, confianza en las propias iniciativas y conduce al individualismo; por el contrario, la debilidad orgánica y mental desconfía de su poder, se reconoce pobre y desvalida, busca el apoyo del Estado y de la sociedad, y conduce, por indeclinable lógica, al funcionarismo y al parasitismo social.

Hay dos modos de educar: el modo latino y el modo sajón. Consiste el primero en esperar todo de la Providencia y del Estado; en considerar

como cosa secundaria y casi frívola los placeres de la existencia y las realidades del mundo; en inculcar ideas en vez de hechos, y en resolver todos los problemas de la vida con el sentimiento y no con la razón.

El modo educativo sajón consiste precisamente en lo contrario. Consiste en enseñar á la juventud las realidades del mundo en que ha de vivir, mostrándole las cosas antes que las ideas, los hechos antes que las cavilaciones de la teología y de la filosofía; en vigorizar el cuerpo para robustecer el espíritu, adaptándolos estrechamente á las severas condiciones del ambiente físico y moral; formando de este modo hombres capaces de luchar victoriosamente con los pueblos caducos en el palenque de la ciencia, de la

industria, del comercio y de la conquista militar, y procediendo siempre como si la tierra fuera el único paraíso prometido á la humanidad, y como si ni la Providencia ni el Estado hubieran de velar por nuestra salud y felicidad.

¿Cuál es el mejor de los citados métodos? La respuesta no es dudosa. Los educados por el sistema sajón avanzan por todas partes, ocupan y conquistan el planeta, convierten en esclavas á las demas razas, cuando no la extinguen y aniquilan; los educados con el método latino ven sus filas aclararse de día en día, sus territorios pillados y arrebatados, y columbran un porvenir triste y sombrío.

DR. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

PÁGINAS LITERARIAS

Del natural

Bajo la paz de cristal que deja caer la tarde, descansa la abuela en el umbral de la puerta. Al ver su dulce figura que reposa bajo esta tranquilidad hialina, pienso en la amable imagen de la vieja Santa Ana que ha años nos sonrío cubierta por el gran fanal que hay sobre la cómoda en el dormitorio de mi madre.

La calle pedregosa se aleja como un río de silencio, entre sus dos hileras de vetustos caserones.

La abuelita quita las semillas á blancas motas de algodón. Ella contempla con sonrisa plácida, el copo blanco que tiene entre sus manos. La sonrisa es en su rostro pálido y arrugado, un rayo de sol que brilla sobre una flor marchita. Sus manos semejan un pebetero de viejo marfil en donde el copo albo es una nubecilla de humo que se escapa.

Los nietos llegan bulliciosos; sus boquitas son cascabelillos rosados dentro de los que retoza la risa. La ro-

dean y la adornan; son junto á la anciana como esas alegres rositas silvestres que florecen entre una ruina.

Es á fines de mayo, en la época en que florecen los nardos rosados. El humilde huerto está lleno de ellos; son turíbulo de sonrosada porcelana que la brisa agita para llenar el ambiente con su aroma penetrante. En la vieja tapia han florecido las orquídeas amarillas; hay grandes ramos de flores pequeñinas. Cuando el viento los agita, dijéranse enjambres de doradas abejas que vuelan sobre la vieja tapia.

La brisa cargada con el aroma de los nardos, de las mosquetas, de las orquídeas besa los rostros de la vieja y de los nietos.

—Mañana es la procesión de «El Dulce Nombre», abuela, dice uno de los nietos.

—Ya lo sabíamos, explican en coro los otros.

—¿Por qué los nardos y las *parási-*

las revientan cuando va á ser la procesión del *niñito*?, dice la chiquilla de cabello corto.

—¿Usted pondrá altar, abuelita? si-gue preguntando la pequeña, de cabello corto. Rita y Juana pondrán unos más bonitos...!

—Sí pondré, ya verás! En las ventanas y en la puerta colgaré las cortinas de encaje que guardo en mi cofre.

—¿Las que huelen á raíz de violeta? Yo le prestaré mis lazos celestes que mamá me pone en los hombros con mi bata blanca, para que usted ate las cortinas ¿Oye, abuela?

—Bueno. Le pedirás tú conmigo que te alivie la tos?

—¿Nos hará caso? Es muy chiquito.

—Sí, es de palo y no hace caso, dice el mayor de los niños.

—¿Qué sabes tú! replica la anciana poniéndose seria.

—Sí es de palo, abuela, yo lo he visto y lo he tocado.

—¿Qué es que no crece? Siempre está del mismo tamaño.

—¿Qué linda la *batuca* que le pone la mamá! Tiene juguetes, ¿verdad? ¡Debe tener más...!

—No, Marucha, si es de palo, insiste Antonio.

—¿Qué sabes tú!, interrumpe impaciente la abuela. Es lindo y está más gordillo! Quisiera cogerlo, echarlo sobre la cama y comérmelo como á Pepe. Tiene unas roscas tan ricas en los brazos y en las piernas!

El acento de la abuela es infantil. Los niños ríen.

Piensen llenos de gozo en la procesión que mañana pasará y sus corazones sencillos palpitan llenos de fe.

—Mira, abuela, Juana limpia sus ventanas y Nita y Lola barren el frente. Lo ponen limpio para que el *niñito* lo encuentre todo bien. Yo ayudaré también á Nita á hacer su altar. Mañana abrirá el gran armario en que guarda tantas cosas. ¡Qué dicha! Ya es casi de noche. Los buenos vecinos de la calle, casi todos sencillos y llenos de fe, hablan de una acera á otra, de la procesión. Todos la esperan llenos de alegría.

La luna en su cuarto creciente brilla en medio del cielo. Por un huequillo del alero pasa un hilo plateado que viene á descansar en las manos cruzadas de la abuela. Ahora, al verlas, se piensa en un huso de viejo marfil en el cual viene á devanarse aquella hebra de plata que sale de la madeja de blancura brillante que reposa allá en el cielo.

Ya la pequeña ha dejado caer su cabeza en el regazo de la anciana. Los otros piden les cuente cuentos de cuando el *niñito* Dios era *de veras*.

Vamos adentro, dice ella. Hay que acostarse para madrugar á hacer el altar.

La procesión se acerca. La calle está adornada con lazos, cortinas y flores. En las esquinas y frente á algunas casas hay altares. Las imágenes se adelantan y los destemplados sonidos de unos clarinetes y otros instrumentos de viento, llenan la calle. De rato en rato el violín del viejo *Bizcocho*, carraspea y la voz del sacerdote canta: «Salve».

Hay un hormiguero de gentes en la calle. Se conoce que son casi todas, personas del pueblo, sencillas é ignorantes.

No sé que impresión siento al ver á estos hombres, mujeres y niños, arrodillados, sonriendo dulce y piadosamente á la vista de la imagen de este niño Jesús á quien todos llaman «El Dulce Nombre». Es un chiquillo regordete, muy bonito. Todos los ojos lo miran llenos de devoción, de candor y de confianza. En las miradas de los viejos hay también un deseo de protección que ellos serían felices de dispensar á aquel precioso chiquillo en el que ellos creen tener un Dios. ¡Qué expresión más diferente he sorprendido yo en los rostros de esta multitud sencilla á la vista de la imagen de un Jesús ya hombre! Entonces noté temor y respeto; ahora adoración, respeto, pero esa adoración, ese respeto risueños que produce en el hombre la vista de la niñez. Las oraciones que salen de todos los labios están llenas de ter-

nura maternal: «lindo chiquito, ten piedad de nosotros; tú que eres tan poderosito concédeme lo que te pido, no seas malo!»

El cuadro de la abuela y de sus nietos arrodillados entre las cortinas blancas recogidas por los lazos celestes de Marucha, es tan bello! La paz de la anciana y de los pequeños está bañada por la luz tranquila de la pura y dulce que florece en sus almas.

Y Nita con su cara arrugada y su boca desdentada, sonriendo, sonriendo... ¿Qué habrá en su interior? Todo un panal de sabrosa miel que ella ofrece al chiquillo de palo que se aleja...

Y Juana, aquel mujerón que asusta con su voz de militar, con la cara vuelta una fiesta, arrodillada, rebosante el corazón de amor, murmurando con los registros más suaves de su garganta, mil cosas cariñosas: «chiquillo feo, por qué *sos* tan lindo? Quisiera comer-te esas piernas, feo. *Verdá* que no te olvidarás de mí?»

Pero el sacerdote pasa envuelto en su capa pluvial, con su cara vulgar congestionada por el calor y la fatiga. Su voz gangosa entona «Salves» y el

violín acompaña lastimosamente. En el platillo se oyen caer las monedas que hay que *pagar por las salves*. El encanto que me produjo aquella fe infantil y pura que arde en esos corazones sencillos, se ha desvanecido lo mismo que un sentimiento bueno al contacto de una ofensa. Me ha parecido que en mí había una bandada de pajarillos que cantaban y á la cual espantó la pedrada que arrojó una mano cruel.

Una vez, en un día lluvioso, ví pasar flotando entre el agua negruzca de un *caño* una florecita blanca; entonces experimenté una sensación parecida á la que he sentido á la vista de esta fe tan buena, tan infantil, tan blanca flotando entre esta ola de mercantilismo sin pudor que pasa sin respetar nada.

Por un momento tuve la ilusión de que todas aquellas gentes vivían en una Arcadia espiritual y las envidié. Pero oí el canto del dinero y luego pensé en el engaño. ¡Lástima de cuadro, el de la abuela y de sus nietos en el umbral de la puerta!

CARMEN LIRA

El Blanco y el Negro

Negligente, en la molicie de sobremesa, la señora Bonnelle sirvió el café, con movimiento estudiado que realzaba entre los encajes la blancura de su torneado brazo. Después, en tanto que el humo de los cigarros tejía ligeros arabescos sobre los cristales de la ventana, continuando la interrumpida conversación, dijo el capitán Rive, atusándose el bigote:

—Se ha de reconocer que no valía la pena abolir la trata de negros si se había de continuar matándolos y destruyéndolos como animales dañinos.

—¡Qué importa! repuso el señor Bonnelle. La humanidad nada tiene que ver con esa abolición. Lo que hay es que Inglaterra tenía una industria que, desarrollando los instintos feroces de

sus traficantes, la exponía á ver transportados sobre su propio suelo los crímenes con que se ensangrentaba la tierra africana.

—¿Una copita de champagne? dijo la señora Bonnelle.

Con la cabeza inclinada, los ojos entornados, los labios entreabiertos, luciendo en la palidez del rostro el brillo de su sonrisa, daba á su invitación el carácter irresistible ruego de la mujer que, ofreciendo algo, parece ofrecerse ella misma.

El capitán, sonriente á su vez, con el fino ademán con que hubiera desprendido de su tallo una delicada flor, tomó la copa en que brillaba el licor con claridades de oro.

Bonnelle proseguía su relación di-

ciendo que, respecto de América, el ganado humano, transportado en condiciones desastrosas, sufría enormes pérdidas, y que al mismo tiempo que iba despoblando África, el precio del negro se hacía inabordable para los colonos pobres, lo que no podía menos de producir un cambio radical del sistema y la ruina de las colonias. En resumen, el negro sale perdiendo.

—Me parece dudoso, dijo Rive, por decir algo.

—¡Dudoso! Pero no ve usted la esclavitud subsistente en África de una manera mucho más feroz? Además la trata de negros suprimió la antropofagia; pero desde que las tribus no venden sus cautivos han vuelto á comérselos.

—¡Qué horror! exclamó la señora Bonnelle.

—Ó si no se los comen, continuó el señor Bonnelle, los matan para no mantenerlos. En los días de grandes fiestas, sea por capricho del déspota, sea por costumbre religiosa, las tribus hacen solemnes hecatombes. De algún modo han de suprimir bocas inútiles en un país en que se perpetúa el hambre.

Y viendo que su mujer se estremecía de nuevo, sin duda por el contacto del pie del capitán bajo la mesa, Bonnelle añadió:

—Pero si en todas partes sucede lo mismo... Verdad es que nuestra sociedad no mata los vencidos, mas su organización los obliga por la miseria al suicidio. La forma no es tan dura, pero el fondo es el mismo.

—Sí, dijo Rive; se nos habla de tribus salvajes que devoran sus ancianos; pero yo pregunto, ¿qué se hace con los obreros viejos en nuestras poblaciones industriales?

—Pues sencillamente, dijo el señor Bonnelle, mueren trabajando ó envenenados por el tabernero, y el resto es carne de hospital, donde suele darse el caso de que antes de emprender con seguridad una operación quirúrgica sobre el cliente rico, se ha ensayado medio docena de veces sobre pobres diablos que no la necesitaban.

—Eso es vivisección, dijo Rive.

—Indudablemente, confirmó Bonnelle.

—¡Oh! exclamó la joven, eso es horrible.

Con una piedad que parecía mezclada con extraña voluptuosidad, la señora Bonnelle describió detalladamente las crueldades de los que practican la vivisección, que dijo conocer por una amiga; habló de perros privados de estómago para saber cuántas horas podrían sobrevivir á esas mutilaciones, y respecto de otras operaciones menores, afirmó que los mismos animales se conservan para diez, veinte ó treinta experimentos, por economía, y por economía también se suprimen los anestésicos.

Diciendo esas cosas parecía escucharse y atender á la gracia de sus actitudes, y resultaba encantadora la expresión de horror que contraía imperceptiblemente su rostro, y más aun la emoción que le causaba sentirse cortejada por Rive en presencia de su marido.

Entretanto el pie del capitán avanzaba, y la joven, correspondiendo á tales osadías, mezclaba á su relato cierta expresión de dulzura; la piedad de su mirada adquiría caracteres amorosos, y con ojos velados por lágrimas terminó con estas palabras:

—¡Cuando los animalitos gritan demasiado les dan patadas en el vientre!

—¿Cómo se tolera eso? preguntó Rive.

—Exigencias de la ciencia, que tiene buena espalda para llevar la carga, dijo Bonnelle. La verdad es que se trata de animales, y nadie hace caso.

—Aunque sean animales, interrumpió Rive. Si la ley protege mis miradas contra un espectáculo inmoral, mis sentimientos se commueven ante esa barbarie, y el sufrimiento de mi piedad y la herida causada á mi sensibilidad son bien dignos de esa protección legal.

—Tiene usted razón, dijo Bonnelle. Pero quizá se considere esa tolerancia como una válvula para permitir una salida á los instintos sanguinarios de la humanidad.

—¡Oh, no! replicó Rive. De esa manera los malos instintos se conservan y se agravan. En este punto participo de la opinión de los ingleses respecto de los regresos. Y no se diga que se ha de pensar primeramente en los hombres, dejando para después pensar en los animales, porque, buenos ó malos, nuestros sentimientos se desarrollan siempre de menor á mayor. Por el amor de su muñeca, de su canario ó de su gato, el niño prepara y asegura sus facultades afectivas ulteriores. Aprendamos á evitar ó á disminuir el sufrimiento del animal, de ese modo el sufrimiento y la vida del hombre se nos harán más respetables.

El capitán tomaba demasiado en serio el asunto, olvidándose de la señora Bonnelle; pero ésta, sintiendo inmovilizada la fina bota de Rive, se desinteresó de la conversación, y, lanzando entre aquellos dos hombres el brillo de su hermosura, á semejanza del rayo de sol que ahuyenta visiones tenebrosas, atrajo su atención hacia las magnificencias de las artes y de la industria, el concurso hípico, las exposiciones, el lujo, la elegancia y todo el maravilloso confort de la existencia moderna.

Rive acudió seguidamente al reclamo, pero Bonnelle, un tanto testarudo, continuó en el mismo tono.

La señora Bonnelle, tentada por la facilidad de una causa ganada de antemano, aceptó la discusión, desplegando la escala de sus bellas risas, insistiendo sobre los negros, que rebajaba al parentesco de los monos:

—Unas gentes, decía, que no tienen religión...

—Te equivocas, protestó Bonnelle, tienen como nosotros su dios y su diablo.

—¡Oh! replicó, no hablemos del diablo!

Y añadió cándidamente:

—¡No tienen más que groseras supersticiones!

—¿Eso dices, replicó con burlona sonrisa Bonnelle, tú que te asustas del martes y del número trece?

—La joven hizo un ligero gesto de desagrado. Después, sonrojada, púdicamente emocionada bajo la amorosa mirada del capitán, añadió:

—Unas gentes que van desnudas, como animales...

—Sin duda porque ignoran las voluptuosas semi-desnudeces de nuestros saraos.

—Estás impertinente, dijo la joven.

Empeñada en tener razón, en triunfar, por un argumento decisivo, de la mala fe de su marido, buscaba, con la frente obscurcida por el esfuerzo del pensamiento. Por fin halló, y levantando la cabeza con aire decidido y mirada segura, dijo:

—Unas gentes que no se casan...

Esta vez, sea por convicción, sea por cansancio, Bonnelle se declaró vencido, permaneció mudo y se inclinó.

Sí, aprobó Rive con voz grave y respetuosa; nosotros tenemos el matrimonio.

Pobre victoria la de la joven, que, en presencia de su marido, tenía bajo la mesa, presos sus lindos pies entre los del audaz capitán. Confusa, emocionada por aquel contacto, pensando que desnudos ó vestidos, casados ó sin casar, salvajes ó civilizados, el amor iguala todas las razas, cualquiera que sea su grado progresivo, sentía en aquel instante la necesidad de la ausencia de su marido.

JUAN REIBRACH

CRÓNICAS SOCIALES

Las leyes y la justicia

—He meditado sobre la filosofía del derecho—dijo monsieur Bergeret,—y he visto que toda la justicia social se basa en estos axiomas: el robo es con-

denable; el producto del robo es sagrado. Estos son los principios que afianzan la seguridad de los individuos y que mantiene el orden en el Estado.

Si alguno de esos principios tutelares fuera desconocido, la sociedad se derrumbaría toda entera. Ambos fueron establecidos en el principio de los tiempos. Un jefe vestido de pieles de oso, armado de una hacha de pedernal y de una espada de bronce volvió con sus compañeros al cercado de piedras donde las criaturas de la tribu estaban encerradas con los rebaños de mujeres y de rengíferos. Traían con ellos á las jóvenes y á los jóvenes de la tribu vecina, y también piedras caídas del cielo, que eran preciosas porque con ellas se hacían espadas que no se doblaban. El jefe subió á un montículo, en medio del cercado, y dijo: «Estos esclavos y este hierro, que he arrebatado á hombres débiles y despreciables son míos. El que ponga sus manos sobre ellos sufrirá el golpe de mi hacha». Tal es el origen de las leyes. La significación íntima de ellas es antigua y bárbara. Y porque la justicia es la consagración de todas las injusticias, es por lo que aquella infunde confianza á todo el

mundo. Un juez puede ser bueno, porque los hombres no son todos malvados; la ley no puede ser buena, porque es anterior á toda idea de bondad. Los cambios que se han introducido en ella en la sucesión de los tiempos, no han alterado el carácter original. Los juristas la han hecho sutil y la han dejado bárbara. A su ferocidad misma es á lo que debe el ser respetada y el parecer augusta. Los hombres son propensos á adorar á los dioses malos, y lo que no es cruel no les parece venerable. Los justiciables creen en la justicia de las leyes. No tienen una moral distinta de la de los jueces, y piensan, como ellos, que una acción castigada es una acción castigable. Muchas veces me he imaginado al ver, en la policía correccional en la Corte de Asises, que el culpable y el juez están perfectamente de acuerdo sobre las ideas del bien y del mal. Uno y otro tienen las mismas preocupaciones y una moral común.

ANATOLE FRANCE

Las nuevas capas sociales

El pastor Emlein, encargado del curso de instrucción religiosa en una escuela primaria de Mannheim (Baden), tuvo una idea, análoga á la practicada por Ferrer en su famosa Escuela Moderna de Barcelona, dió el siguiente tema á sus alumnos de ambos sexos: «¿Qué utilidad reporta la religión?» exigiendo contestación por escrito.

Conviene advertir que los consultados son niñas y niños de trece á catorce años, que han seguido los cursos religiosos y los demás escolares durante ocho años y que han salido ya de la escuela.

M. Emlein ha publicado el siguiente resultado en las *Notas mensuales para la religión protestante*:

Los consultados fueron 104. De ellos 66 comenzaban su respuesta por una frase como esta: «La religión no tiene generalmente ningún valor», y 58 de éstos añadieron esta nota explicativa:

«porque no se necesita en el curso de los negocios».

Solamente 25 alumnos respondieron que «La religión tiene alguna utilidad», pero la mayor parte limitaron esa concesión añadiendo: «cuando se llega á la ancianidad,—cuando se sufren contrariedades,—cuando se está en el extranjero».

13 respondieron que «la religión debe ser conocida, porque es la palabra de Dios, y sin ella el hombre no va al cielo».

11 afirmaron que «La religión es una tontería, que da bellas promesas á las gentes para hacerlas olvidar sus miserias, pero no las cumple jamás».

De 49 niñas, 2 se manifestaron ateas; las demás hablaron de la utilidad de la religión sin fundarse en un razonamiento. Generalmente se redujeron á casos bien especificados: «Cuando se pasan grandes apuros,—cuando se está

enfermo». 20 respondieron cándidamente: «La religión es útil porque debe serlo».

M. Emlein se limita á exponer los resultados de su investigación á la vez religiosa, social y psicológica, dejando

á sus lectores que deduzcan por sí mismos.

Parécenos que no ha de quedar muy satisfecho de la eficacia de su enseñanza religiosa.

LA REDACCION

Tribuna para los Trabajadores

Con motivo de la próxima fiesta del árbol en el Naranjo

El cultivo de la tierra es de origen divino. Quiero decir con esto que los mismos dioses no desdeñaron su práctica, considerada como ocupación la más noble y levantada desde los comienzos mismos de la humanidad.

Sublime ocupación la del labrador que «tiene al cielo sobre su cabeza, dice Lamartine en prosa inspirada, al suelo bajo sus pies, el sol en los ojos, el aire en el pecho, el horizonte vasto y libre delante de sus miradas, el espectáculo siempre nuevo del firmamento, de la tierra, del día, de la noche, de las estaciones, que entretienen sin palabras, pero sin cansancio, los sentidos, el corazón y el espíritu del hombre del campo».

¿Por qué la población pobre y miserable de los centros populosos no dirige sus miradas hacia los campos llenos de exuberante vegetación, símbolo grandioso de su asombrosa fecundidad? ¿Por qué aun existe ese escrúpulo simiesco entre la juventud dorada de las ciudades, del asco de la tierra que ensucia las manos, pero que dignifica el carácter; que estropea el sentido, pero que purifica el alma, que ennoblece la mirada y hace brillar en la frente del hombre un destello de verdadera libertad?

Felices estos países el día en que cuenten con hombres que, como los antiguos romanos, supieran defender la patria cuando necesario era, al mismo tiempo que sabían empuñar el arado para abrir en surcos fecundos el suelo virgen de nuestra madre tierra!

Feliz Costa Rica el día que su juventud se lance decidida á la conquista de sus selvas y abandone la muelle vida de las ciudades para vivir la vida libre, ennoblecedora y altiva de los campos.

El hombre que trabaja en el campo «se hace robusto y se conserva sano; tiene el orgullo y el valor de su libertad; es á propósito para todo. Cuando ha crecido en esta fuerte disciplina de los trabajos campestres, el sable ó el fusil le parecerán ligeros comparados con el arado ó el azadón; es tan á propósito para defender su país como para fertilizarlo; un sello de salud, de vigor, de franqueza, de libertad y orgullo viriliza sus facciones. Mira de frente, marcha derecho, habla alto, respira libremente; no teme ni envidia á nadie».

Inculquemos en los tiernos corazones de los niños, que son los trabajadores del porvenir, el amor al cultivo de la tierra, el cariño á la vida apacible del campo, al trabajo honrado que vigoriza el músculo y acera el carácter; apartemos su mirada de ese foco brillante que se llama ciudad, espejismo engañoso y dirijámosla hacia las verdes campiñas donde todo es himno y todo es poesía; donde todo es luz y belleza.

Allá en la ciudad, estrechez y miseria, vanidad y orgullo insensatos; aquí, amplio horizonte, vida libre, vida sencilla, pero vida digna y altiva.

A eso tiende la fiesta del árbol. Que cada niño plante con su propia mano

el arbolito que mañana cobijará sus ensueños de gloria y sus luchas y que cuando vea flotar al viento el ramaje umbroso de su árbol querido, recuerde con dulce emoción esta fecha inolvidable para la historia del Naranjo;

que la exuberante frondosidad de su vegetación sea un estímulo para el trabajo y que la altanera copa de esos árboles sea un símbolo de libertad.

BOLÍVAR MONTERO

A modo de crónica

La buena filosofía.—Basta, por regla general, emplear un estilo decadente, para pasar por filósofo. Para pasar por buen filósofo, la condición necesaria es el conocimiento de los hechos adquiridos. A los jóvenes á quienes preocupan los enigmas del alma, recomendamos, pues, el *Précis de psychologie*, por H. Ebbinghaus, recientemente traducido al francés (F. Alcan, París). Dicha obra fué publicada por el célebre profesor de la Universidad de Halle en 1908, poco antes de morir. Muy raros son los que como él han logrado colocar la psicología en el terreno de la ciencia. Su afán constante fué el rechazar las ideas aun dominantes de los teólogos y de los psicólogos de la Edad Media. El alma, para Ebbinghaus, no es algo extraño al cerebro y al sistema nervioso y, por consiguiente, no puede ser separada de ellos. Desde el comienzo de la obra declara: La idea de una conformidad rigurosa de los hechos psicólogos á leyes ó, en otros términos, la idea del determinismo completo de nuestras acciones, es en el fondo el postulado fundamental de toda investigación psicológica seria.

Preciosa obra nacional.—Señalamos también las *Nociones de Psicología*, para los colegios de segunda enseñanza, que va á publicar Carlos Gagini, actual Director del Liceo de Heredia.

«Un hombre está comiendo un plato de carne y para ello ejecuta una serie de movimientos. La *Fisiología* nos explica esos movimientos, lo que pasa en la boca con el alimento masticado, los fenómenos químicos que ocurren en el aparato digestivo hasta que las

sustancias nutritivas son absorbidas y expelidas las heces.

«Pero al mismo tiempo ese hombre siente placer al satisfacer su apetito; recuerda que en Nueva York comió un biftec más suave y más barato que el que tiene delante; se imagina uno de los grandes mataderos de Chicago, aunque no los conoce; piensa en que hay multitud de familias sin sustento; y al oír á un pordiosero que llama á su puerta, se levanta, va, saca del bolsillo una moneda y se la da.

«Los más importantes de estos últimos fenómenos no pertenecen, como los de la digestión, al dominio de la Fisiología. Aunque ocurren en nuestro interior y aunque podemos desde luego asegurar que son producto de nuestro cerebro, si ponemos éste al descubierto no observamos nada en él. Es indudable que alguna modificación sufre, pero no sabemos apreciarla con los medios de que disponemos actualmente.

«Estas operaciones de pensar, recordar, calcular, imaginar, sentir y obrar son el objeto de la *Psicología*, y su conjunto constituye lo que llamamos *alma, espíritu, mente*, etc. «Tan inexacto sería decir que el espíritu siente y piensa, como decir que una silla puede ó no tener asiento y pies, pues el asiento y los pies forman la silla» (Bradford).»

Así principia la obra de Gagini, con sencillez y maestría, y así va hasta el fin. Se lee en pocas horas, con interés y placer sostenidos. No es dable adquirir más brevemente un mayor número de nociones de tanta importancia.

El gran problema.—Tomemos y

arreglemos para esta crónica algunos párrafos del prefacio del libro *L'Oreille, organe d'orientation*, del ilustre fisiólogo Elías de Cyon, libro que aparece en la librería de F. Alcan, París:

Era necesario más de un siglo de investigaciones experimentales, fecundas en descubrimientos de alta resonancia, para llegar á una solución científica de los problemas del tiempo y del espacio. La oposición hecha desde el comienzo á esta solución proviene en gran parte de los filósofos y metafísicos que se agotan, desde hace millares de años, en esfuerzos estériles por resolver ese problema fundamental de la psicología.

Los experimentos de Flourens fueron el punto de partida de mis propias indagaciones sobre la orientación con ayuda del sentido del espacio, indagaciones proseguidas durante varias decenas de años y que han concluído en la demostración definitiva de la existencia de dos órganos de sentidos bien determinados, en el laberinto del oído: el sentido geométrico y el sentido aritmético, sentidos generales á los cuales debemos la facultad de orientarnos en el tiempo y en el espacio y el origen de nuestros conceptos del tiempo, del espacio y del número.

La historia de los descubrimientos científicos que, por su esencia misma, no están destinados á aplicaciones prácticas inmediatas, ofrece gran interés para la psicología de la ciencia ó, mejor dicho, de los sabios que, en un grado cualquiera, han contribuído á su creación ó á su desarrollo ulterior. Ella ilumina al mismo tiempo con viva luz la psicología de los adversarios de todo gran descubrimiento, hecho por otro, que hacen oposición sistemática y obstruyen las vías de propagación de las teorías nuevas, aun cuando estén basadas en pruebas experimentales indiscutibles, y obstaculizan así la marcha victoriosa de la ciencia hacia la verdad.

Los errores son contagiosos, como las enfermedades; se propagan como las noticias falsas, con velocidad de rayo, y es difícil disiparlos. La salud,

ella, no es contagiosa: el restablecimiento de la verdad no se abre campo y no triunfa sino después de largos combates.

El descubrimiento de dos sentidos matemáticos en el oído ha demostrado cuán íntimos son los lazos funcionales que conducen á una solución única del problema primordial del crecimiento humano.

La demostración del origen sensorial de las definiciones y axiomas de Euclides debía forzosamente hacer venir abajo la doctrina kantiana del apriorismo de nuestros conceptos del tiempo, del espacio y de los axiomas geométricos.

El mismo Helmholtz se dejó arrastrar por Kant y adoptó la extraña concepción de nuestras sensaciones y percepciones como *signos ó símbolos* y no como *imágenes reales* de los objetos exteriores.

Para un naturalista, reconocer las sensaciones como simples signos de los objetos exteriores, equivale á la negación de la realidad de los objetos que nos rodean.

Sir Oliver Lodge designa como simplemente grotesca esta idea kantiana que pretende reducir la realidad á simples sensaciones: «las divinidades, agrega, si tienen algo de humoristas, deben reír al ver su creatura, el hombre, desconfiar de los útiles que precisamente le hacen posible ser lo que es.»

El acuerdo armonioso entre mi teoría de los sentidos del espacio y del tiempo y las concepciones de naturalistas ilustres y de los más grandes filósofos de la humanidad, permite esperar pacientemente la caída definitiva de un conocimiento basado únicamente en la *crítica de la razón pura*.

Desde Aristóteles, pasando por santo Tomás de Aquino y terminando en Helmholtz, todos los grandes pensadores han considerado el oído como el más intelectual y el más poderoso de todos los sentidos. Para establecerlo definitivamente, ha sido necesario un siglo de indagaciones fisiológicas experimentales.